

HUMILLACIÓN Y DESINHIBICIÓN

Para una crítica del fascismo contemporáneo

Pedro Cerruti

Universidad de Buenos Aires / Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina

pedrocerruti@gmail.com - <https://orcid.org/0000-0003-0797-1072>

Recibido: 30 de junio de 2024

Aceptado: 25 de octubre de 2024

Identificadores permanentes

ARK: <https://id.caicyt.gov.ar/ark:/s18535925/s9xzp380k>

DOI: <https://doi.org/10.62174/avatares.2024.9781>

|1|

Resumen

Este ensayo examina las llamadas “nuevas derechas” a la luz de una reconsideración de la relación entre política, afectividad y comportamientos multitudinarios, y de una reconsideración del fascismo como forma de subjetivación. Para ello, en primer lugar, se recorren a través de una lectura crítica, las hipótesis centrales de la psicología de las masas, y los diagnósticos de George Simmel relativos a la sobreestimulación, el intelectualismo y la reserva propias de la vida urbana, y son puestas en relación con las nociones de “shock” y de la pérdida de la experiencia de Walter Benjamin, a través de la interpretación de Susan Buck-Morss, y su forma de reconsiderar a partir de ello la estetización de la política. En segundo lugar, se propone una lectura de la teoría de la propaganda formulada por Harold Lasswell, y su forma de comprender la transformación de la guerra en una confrontación psicológica, movilizand o emociones, tales como el odio y la esperanza, como técnicas de desinhibición. Finalmente, se ofrece una interpretación de la condición moderna de la subjetividad a partir de la figura de la humillación, en la que se recupera la perspectiva de Elias Canetti y las lecturas de Sloterdijk sobre el problema de la masa como diferencia indiferenciada.

Palabras Claves: nuevas derechas, fascismo, estetización, movilización

HUMILIATION AND DISINHIBITION

A Critique of Contemporary Fascism

Abstract:

This essay examines the so-called "new right" considering a reconsideration of the relationship between politics, affectivity, and crowd behavior, and of a reconsideration of fascism as a form of subjectivation. To this end, it first critically reviews the central hypotheses of crowd psychology and George Simmel's diagnoses concerning overstimulation, intellectualism, and the reserve characteristic of urban life, relating them to Walter Benjamin's notions of "shock" and the loss of experience, through Susan Buck-Morss's interpretation and her way of rethinking the aestheticization of politics. Secondly, a reading of Harold Laswell's propaganda theory is proposed, focusing on his understanding of the transformation of war into psychological confrontation, mobilizing emotions such as hatred and hope as techniques of disinhibition. Finally, an interpretation of the modern condition of subjectivity is offered through the figure of humiliation, drawing on Elias Canetti's perspective and Sloterdijk's readings on the problem of the mass as an undifferentiated difference.

|2|

Keywords: new right, fascism, aestheticization, mobilization

“De todas formas, han vencido los que por la fuerza han retrotraído el mundo a la estructura psíquica de la guerra. Bien pueden desaparecer todos hasta el último: dejarán como herencia la guerra y las próximas guerras”

Elias Canetti

“Todos los esfuerzos para la estetización de la política culminan en un punto. Este punto único es la guerra”

Walter Benjamin

“En algún momento a mediados de la segunda década del siglo XXI, la política mundial cambió drásticamente”, afirma Francis Fukuyama (2019, p. 19) para situar, al inicio de *Identidad*, libro dedicado a la temática en cuestión, el surgimiento de las llamadas “nuevas derechas” en el lugar de una transformación del panorama sociopolítico global que ha desafiado las estructuras tradicionales de la política y presentado un enfoque radicalmente distinto en cuanto a la movilización y el discurso político. Ciertamente se

trata de un fenómeno complejo, heterogéneo y sobredeterminado en el que se amalgaman de manera variable y sin ninguna necesidad de coherencia lógica ideas y prácticas diversas. Sin ninguna pretensión de exhaustividad, las nuevas derechas contemporáneas, de acuerdo con la tradición usualmente conocida como “populismo de derecha”, se autoproclaman como defensoras del “pueblo” o de la “gente” en contra de algún tipo de “élite”, empleando estrategias de movilización basadas en la apelación emocional. En ocasiones, esto se entrelaza con retóricas nacionalistas y soberanistas que resaltan la identidad y la autodeterminación nacionales, ya sea frente la globalización, a entidades supranacionales, o a la inmigración y el multiculturalismo; mientras que nuevas formas de neoconservadurismo apelan a la preservación de los valores tradicionales y la moralidad, en contra de las políticas de cambio social y ampliación de derechos. Sus formas radicales se caracterizan por retóricas agresivas y posiciones extremas en cuestiones vinculadas con la defensa de la nación y el orden público y moral, expresando abiertamente discursos xenófobos, homofóbicos, antifeministas, etc. Al mismo tiempo, suelen estar atravesadas por un ideario “libertario” que enfatiza la libertad individual y la minimización de la intervención gubernamental en asuntos personales, y una defensa del libre mercado y la reducción del papel del Estado en la economía. Incluso estas nuevas derechas también suelen alojar corrientes que promueven diversos tipos de teorías conspirativas y pseudocientíficas, como el terraplanismo y el movimiento antivacunas, desafiando el consenso científico y reforzando una identidad de resistencia contra lo que perciben como imposiciones externas y elitistas.

|3|

Uno de los aspectos que más han sido destacados en cuanto a la novedad de estos fenómenos refiere a las transformaciones de las prácticas políticas que las nuevas tecnologías de la información posibilitan. Se trata especialmente del uso estratégico de redes sociales como medio de comunicación y movilización, las cuales ofrecen lo que se presenta a primera vista como un acceso más “directo” a los votantes, y una mayor “interactividad” entre los líderes y sus seguidores, sin la intermediación de los medios de comunicación tradicionales o las estructuras partidarias, y una capacidad de respuesta “inmediata” ante los acontecimientos. Las tácticas comunicacionales utilizan estrategias virales mediante mensajes que apelan a cualquier recurso que permita captar de manera efectiva la atención de sus destinatarios, provocar desconcierto y polarizar el discurso público; lo cual ha sido optimizado gracias a las capacidades que ofrecen las nuevas tecnologías de microsegmentación de los destinatarios, lo cual permite adaptar los mensajes específicamente a distintos segmentos del electorado.

Ahora bien, si bien no es posible negar los aspectos novedosos de esta formas de movilización política, lo cierto es que difícilmente pueda realizarse un diagnóstico diferente al de Fukuyama si uno asume, como lo hace él, por un lado, una mirada tan corta como para sólo ser capaz de remontarse hasta los principios de la década de los setenta del siglo pasado; por otro, si uno considera ese momento simplemente como el inicio de un impulso que consolidó a la democracia liberal como forma de gobierno global predeterminada; si se presupone que el sujeto de la política es el individuo en tanto agente de elecciones racionales; y, por último, si se entiende a la política como institucionalmente organizada simplemente a lo largo de un espectro que va de izquierda a derecha, donde los problemas económicos son el eje central: la izquierda

busca promover una mayor igualdad, mientras que la derecha aboga por una mayor libertad.

Esta perspectiva no sería un problema si no fuese por la influencia significativa que todavía ejerce en los ámbitos intelectuales, académicos y periodísticos, cada vez más asimilados a los formatos mediáticos del infoentretenimiento. Esto ha llevado a recibir con escándalo los fenómenos políticos emergentes y las nuevas formas de movilización social.

Ahora bien, del mismo modo que la crítica no puede confundirse con el asombro, entendido como esa actitud filosófica derivada de la contemplación, que nos sitúa frente a los hechos como si contempláramos los astros situados a millones de kilómetros y cuya luz recibimos otros tantos años después de que se han apagado, la crítica debe cuidar hoy su diferencia con el efecto de escándalo. Como Jean Baudrillard ha planteado con mucha claridad (Baudrillardm 2014, p.36), la denuncia de escándalo, por más que se lo proponga, no sirve a ninguna finalidad de develamiento de una realidad oculta, o verdaderas causas, sino que pertenece al orden de lo hiperreal. Es autorreferencial, constituye su propio simulacro y, por lo tanto, una escenificación que solamente regenera míticamente un orden moral o un principio de realidad, ambos liquidados por el régimen de la simulación. Es por lo mismo que, en el espacio público-mediático contemporáneo, el “escandalismo” es el principio rector. Razón por la cual, a su vez, constituye un signo de la época lo que Sloterdijk (2000) formula en términos de la “muerte de la crítica y su transformación en producción de excitación en el empequeñecido mercado de las cuotas de atención”, lo cual hace del crítico un “escandalista” y, lo que es lo mismo, un publicista (de sí mismo antes que de cualquier otra cosa). El problema es que este escenario hiperreal, y esta disposición, es el que vuelve posible los mismos fenómenos que se pretende denunciar.

*

Sabemos que es una parte integral de las nuevas derechas la apelación emocional, especialmente a aquellas emociones negativas como el miedo, la ira y el resentimiento, utilizando narrativas que destacan amenazas percibidas como la inmigración, la pérdida de identidad nacional y la corrupción de las élites para generar una sensación de urgencia y peligro. Este enfoque emocional tiende a polarizar el debate público y refuerza la cohesión interna de las multitudes que participan de estos movimientos, delineando un “nosotros” contra un “ellos” amenazador. Además, fomentan una narrativa de victimización, sugiriendo que sus seguidores están siendo perjudicados por decisiones políticas y sociales injustas, creando así un sentido de agravio que moviliza a los votantes al ofrecer enemigos claros, como las élites globales, los inmigrantes y los políticos corruptos, canalizando el descontento hacia objetivos específicos. Es habitual, también la invocación de la nostalgia por un pasado idealizado, contrastando un tiempo percibido como próspero con un presente deteriorado por las políticas de las élites y la globalización. Asimismo, apelan a sentimientos positivos como la esperanza que complementa las amenazas con promesas de renovación y restauración de un orden, considerado natural.

Dejando fuera de este ensayo las novedades tecnológicas de las formas de movilización política contemporáneas, lo cual requiere un abordaje *ad hoc* y deben ser consideradas en el contexto de los cambios que, como plantea Sloterdijk, han llevado de una masa densa o molar a una abigarrada o molecular, nos interesa llamar la atención sobre la necesidad que nos imponen estos fenómenos de volver a revisar las premisas de lo que alguna vez se llamó la “psicología de las masas”, pues si hay algo que, más allá de su heterogeneidad, parece atravesar inexorablemente este tipo de fenómenos es el tipo mencionado de apelación a los afectos como estrategia de movilización multitudinaria.

Baste recordar que ya en 1895 en su obra seminal “Psicología de las multitudes”, lamentablemente poco frecuentada por lecturas capaces de revisar los cánones de interpretación establecidos, Gustave LeBon (2014) situaba justamente cómo, en el contexto las revoluciones industriales y el crecimiento de los movimientos sociales, las multitudes emergían como un actor social con un papel crucial en la vida pública, alterando y desafiando las estructuras tradicionales del poder y la política. Justamente la descripción de Le Bon nos presenta a las masas como multitudes en las que la racionalidad individual es suprimida por la afectividad colectiva, conformando por ello entidades altamente sugestionables y emocionalmente exacerbadas, sujetas al veloz contagio emocional, abiertas a la autoridad de líderes y propensas a actuar impulsivamente y de manera irracional. Es parte también del cuadro descriptivo de Lebon, la tendencia a la polarización y simplificación de los sentimientos en esquemas “nosotros”/ “ellos”, que excluyen todo tipo de complejidad, diversidad de opiniones y cualquier matiz argumental.

|5|

A pesar de que el diagnóstico de LeBon tiene ya más de cien años de antigüedad y conserva su vigencia, Fukuyama nos conmina a revisar los presupuestos psicológicos a partir de los cuales entendemos la política. Ahora bien, ello no se resuelve situando al concepto psicológico de “identidad” en el centro de la cuestión. En cierto sentido, él arrastra el lastre del error freudiano que parece haber anudado de una manera casi indisoluble la “psicología de las masas” con el concepto de “identificación”, el mismo con el que buscaba desentrañar los modos de estructuración del Yo. Como bien ha señalado Elias Canetti, el traspí se origina en la confusión de Freud entre multitudes e instituciones, que lo lleva a buscar la verdad de las primeras en las formas más estructuradas de las segundas, la Iglesia y el Ejército; cuya constitución está, por otro lado, mentada justamente para suprimir su emergencia. Algo similar sucede con el otro problema derivado de la metapsicología freudiana, que es el haber ligado la economía afectiva de los comportamientos multitudinarios primariamente con la dinámica libidinal.

Es justamente este atolladero el punto de partida de Sloterdijk en *Ira y tiempo* (2010). Remontarse a la epopeya homérica le permite, a su manera, recuperar ese “mundo pleno de un feliz e ilimitado belicismo” que revela un universo dominado por lo que llama una economía de energías *thymóticas*, que no se limitan al odio entendido como reverso del amor, sino que se extienden por un campo que incluye a la ira, el resentimiento, la indignación, el orgullo y el deseo de venganza; y cuya domesticación funda la forma de vida política que hoy parece estar puesta en entredicho. Al mismo tiempo, este gesto hace posible reconsiderar la relación entre subjetividad y afectividad, a partir de una

figura en la que la primera no es el fundamento de la segunda, pues los afectos no son una propiedad personal o cualidad íntima y el sujeto no es otra cosa que un medio o mediador. Esta concepción medial de la subjetividad de Sloterdijk aparece aquí formulada en los siguientes términos:

las más antiguas figuras épicas carecen totalmente de los rasgos que caracterizan la subjetividad pretendidamente clásica, sobre todo la interioridad reflexiva, la íntima conversación consigo mismo y el esfuerzo, orientado por la conciencia, por hacerse con el control de los afectos. [...] [en el héroe de la primera Antigüedad] no parece darse todavía ese principio interior hegemónico, un 'yo' coherente que intervenga a favor de la unidad y de la auto-captación del campo psíquico. Mas bien el 'personaje' se manifiesta como punto de encuentro de los afectos o energías parciales que se hallan en su anfitrión. (Sloterdijk, 2010, p. 21).

*

Quizás algunos de los problemas con los que nos encontramos a la hora de reconsiderar la relación entre política, comportamientos multitudinarios y afectividad, se derivan de lo que Georg Simmel caracterizaba como el “intelectualismo” de la subjetividad urbanita, figura hoy paradigmática de nuestras formas de existencia globalizadas (Simmel, 2001). Su diagnóstico sigue siendo hoy un punto de partida fundamental: lo que llama la “intensificación de la vida nerviosa, que proviene de una sucesión rápida e ininterrumpida de impresiones, tanto internas como externas” (Simmel, 2001, p. 247), características de la vida en las condiciones del hábitat moderno. Esto último va aparejado con un tipo particular de subjetivación reactiva o defensiva, un “escudo” contra lo inconmensurable:

De este modo, el tipo del urbanita (que, naturalmente, se ve afectado por cientos de modificaciones individuales) se crea un órgano de defensa frente al desarraigo con el que le amenazan las corrientes y discrepancias de su medio ambiente externo: en lugar de con el sentimiento, reacciona frente a estas en lo esencial con el entendimiento, para el cual, el acrecentamiento de la consciencia, al igual que produjo la misma causa, procura la prerrogativa anímica. Con esto, la reacción frente a aquellos fenómenos se traslada al órgano psíquico menos perceptible, distante al máximo de la profundidad de la personalidad. (Simmel, 2001, p. 248).

El intelectualismo deriva de la tendencia a responder con la abstracción frente a aquello que nos resulta inmanejable y transformar a los otros, y a nuestras relaciones, en objeto del cálculo racional. El problema del planteo de Simmel reside en que tiende a recaer en la oposición, establecida en su formato clásico por Ferdinand Tönnies, entre la sociedad, como forma vinculante basada en la racionalidad y el cálculo de intereses, y la comunidad, como lazo social fundamentado en la costumbre, los sentimientos y la afectividad. Así, en contraposición con la gran urbe, dice Simmel, el carácter de “la pequeña ciudad [...] se sitúa más bien en el sentimiento y en las relaciones conforme a la sensibilidad. Pues estas se enraízan en los estratos más inconscientes del alma y crecen con la mayor rapidez en la tranquila uniformidad de costumbres ininterrumpidas” (Simmel, 2001, p. 248). Con ello, la ciudad se ve vaciada de emociones, pero ello es un resultado y no punto de partida.

El otro corolario defensivo de la subjetividad urbana es, recordemos, la “reserva” o “indiferencia” como actitud ante los demás, pues, afirma:

Si uno respondiese positivamente a todas las innumerables personas con quien se tiene contacto en la ciudad –como sucede en las pequeñas localidades donde uno conoce a todos aquellos a quienes se encuentra y en donde se tiene una relación positiva con casi todo el mundo- uno se vería atomizado internamente y sujeto a presiones psíquicas inimaginables. (Simmel, 2001, p. 253).

Así, Simmel recorta una subjetividad disociada entre la apertura a una insoportable multiplicación de los estímulos y la indiferencia, una fractura conjurada a través de la distancia que establecemos con respecto a los otros.

Difícilmente se encuentre una lectura que recoja el relevo de este problema con mayor lucidez que la de Susan Buck-Morss a los fines, por otro lado, de interpretar lo que Walter Benjamin llamaba la “estetización de la política” como problema capital de nuestro presente. Su punto de partida es la concepción benjaminiana de la experiencia moderna definida a partir de la noción de “shock”. Recordemos que Benjamin, inspirado en Freud, reconoce que las condiciones de vida en el hábitat urbano se caracterizan por la proliferación y aceleración de los estímulos sensoriales intensos y repentinos que sacuden al individuo moderno. Estos shocks conducen a una alteración de la percepción y la conciencia y a la erosión de la experiencia plena, entendida como una narrativa coherente y comunicable, y su remplazo por vivencias fragmentarias, momentáneas, dispersas y, en definitiva, inarticulables. Esto es así porque, en los términos que propone Buck-Morss, la subjetividad se corresponde con el espacio de una mediación que describe en los términos de un “sistema sinestésico”. Resituando el sentido de la palabra “estética” en el campo de la sensibilidad y la percepción, define a la subjetividad como “un sistema estético sensorial descentrado del sujeto clásico, en el cual las percepciones externas se reúnen con las imágenes internas de la memoria y la anticipación” (Buck-Morss, 2014, p. 183).

|7|

Teniendo esto en cuenta, se entiende que la contracara de esta sobreestimulación sea la alienación, ya que la incapacidad del sistema sinestésico de ejercer la mediación que transforme a las vivencias en experiencia conduce a la inversión de su rol en un sistema anestésico, en otras palabras, en un aparato defensivo que adormece los sentidos. Esta dinámica entre exceso e insensibilización es lo que rige la vida moderna, no solamente a nivel del individuo, sino del hábitat o los espacios de coexistencia que, retomando el término de Benjamin, Buck-Morss califica de “fantamagorías”, esto es, tecno-estéticas en las que los sentidos son completamente colmados de tal manera que la sobreestimulación coincide con el embotamiento de la percepción y la fragmentación de la experiencia con la totalización de la vivencia sensorial.

Es según esta dinámica que Buck-Morss interpreta la operación estética que, a partir del fascismo, ha pasado a caracterizar a la política: suscitar en las multitudes la expresión de las emociones que acompañan a la vivencia de fragmentación, como el miedo y la angustia, y, al modo del reflejo en un espejo, devolvérselas de tal manera que puedan ser experimentadas en otro lugar; y, en un mismo movimiento, en contra de ello, devolverle una imagen totalizante que ofrezca una identidad inquebrantada y que

conjure la descomposición del sí mismo. Ese es el rol que cumple la figura del líder en las formas tradicionales del fascismo. Como recuerda Sloterdijk, a este no lo caracteriza ninguna posición elevada, sino su capacidad para funcionar como medio de expresión en un plano horizontal de resonancia (Sloterdijk, 2009). Se entiende por qué ese rol puede ser desempeñado por otro tipo de medios.

*

Ahora bien, comprender el problema en cuestión requiere reconsiderar, desde un ángulo ligeramente distinto, lo que la experiencia bélica significó en los términos de la relación entre política, afectividad y comportamientos multitudinarios. Harold Lasswell, el defenestrado padre de los estudios de la comunicación social, detectó con lucidez, antes incluso que Ernst Jünger, que la nueva dinámica bélica se desenvolvía en los términos de la movilización total. Así, afirmaba en su estudio dedicado a la propaganda, “durante la guerra se llegó a reconocer que la movilización de hombres y recursos no era suficiente; era necesaria una movilización de la opinión [...] la administración de la opinión es un corolario ineludible de la guerra moderna a gran escala” (Lasswell, 2013, p. 15). Ello significaba que el alcance de las dinámicas multitudinarias se situara en un plano por entero diferente de la reunión física de los cuerpos en un mismo espacio. Georges Creel (1920), el artífice de la propaganda norteamericana durante la Gran Guerra, planteaba ya en 1920, lo que significó la transformación de la opinión pública en una fuerza determinante, refiriéndose a que con ello el conflicto bélico se había convertido en “una lucha por los corazones y las mentes de las personas” y con ello la línea de combate había pasado a atravesar todos los hogares de las naciones involucradas.

|8|

En los términos de Lasswell, la guerra había dejado de ser necesariamente una confrontación física entre ejércitos específicamente destinados a ello, o una lucha por y a través del control de recursos materiales/económicos. La guerra es ahora un combate entre fuerzas psicológicas a escala poblacional. Lo que se llamaba la “moral” de una nación, esto es, el entusiasmo, la determinación, la autoconfianza y la ausencia de criticismo, se traduce en términos multitudinarios en lo que puede considerarse como una disposición cinética, o lo que Lasswell llama la generación de un cierto “*momentum*”, una capacidad, fuerza o poder para movilizarse. Y es la movilización del odio o la animosidad frente a un enemigo lo que permite, en sus palabras, eliminar las “resistencias psíquicas” que en condiciones normales impedirían la movilización de la población hacia una participación completamente comprometida en la guerra. Si bien otros afectos, como el miedo, tiene un efecto paralizante, por la mediación del odio y el resentimiento, la amenaza que el enemigo representa se transforma en principio de desinhibición. En este último aspecto encontramos la clave de lo que Lasswell llamaba “propaganda”, pero que no es otra cosa que lo que Benjamin denominaba la “estetización de la política”.

Ahora bien, en sintonía con el diagnóstico de Simmel, el vehículo que hace posible que el fenómeno bélico adquiera estas características es el “nivel de tensión” que caracteriza a las formas de vida modernas, de las cuales Lasswell destaca la confrontación entre la monotonía de la maquinización y la excitación de la estimulación secundaria: “El ritmo y el repiqueteo de la implacable maquinaria no son menos característicos de la forma de

vida industrial, que la gran variedad de vallas publicitarias, escaparates, películas, vódeviles y periódicos, que transmiten abundantes y desconcertantes posibilidades de realización personal” (Lasswell, 2013, p. 191). Como puede apreciarse, los medios de comunicación ocupan un lugar destacado en este panorama pues no sólo son las vías por las cuales se hace posible intervenir sobre el estado de tensión de toda una población para movilizarla hacia determinados objetivos, sino que son agentes productores de ese estado mismo en tanto forman parte del entorno ansiógeno en el que se desenvuelve la vida moderna. Este nivel de tensión, que Lasswell define como una “condición de adaptación o desadaptación, [y] que es descripta de diferentes formas como ansiedad pública, nerviosismo, irritabilidad, malestar, descontento o tensión” (Lasswell, 2013, p. 190), constituye un “reservorio de energía explosiva” que puede ser hecha estallar, por ejemplo, a través de la propaganda bélica, con la misma facilidad con la que un pequeño fósforo puede encender una hoguera.

Ahora bien, el problema excede a la situación bélica, entendida en términos estrictos, y atañe a una redefinición misma de la política como propaganda, es decir, como política estetizada, cuya cinética no haría más que acelerarse en los tiempos venideros. La hipótesis de Lasswell anticipa casi punto por punto la interpretación de Jünger respecto de la redefinición de la soberanía como modalidad de articulación dominante del poder. Recordemos que, para Jünger, “la auténtica piedra de toque de un dominio no es la cantidad de júbilo que se le dispensa [al soberano] sino la guerra perdida” (Jünger, 2008: 95), pues el verdadero índice de poder del soberano es su potestad para decidir desencadenar la guerra, perderla y que ello no afecte su autoridad. Es por ello que la guerra monárquica es de índole parcial: es una decisión que atañe a la Corona y que es ejecutada por el Ejército, y el “entusiasmo popular” puede incluso ser considerado desagradable para el soberano. Pero, ahora, en una época que Lasswell caracterizaba como de subdivisión y difusión del poder, y por lo que llamaba un “declive de la lealtad personal a los jefes”, la guerra se transforma en un acontecimiento que incumbe a toda la comunidad pues “ningún gobierno podría esperar ganar sin una nación unificada detrás de él” (Lasswell, 2013, p. 10). Es lo que Jünger (2008, p. 104) llamaba la dimensión cultural de la movilización total, o también la “disponibilidad a la movilización”, esto es la capacidad para movilizar a las masas para que participasen en la guerra, a través de una “llamada” cuya eficacia reside en su carácter de “fenómeno cultural”, de fe, y que procede a través de la apelación a las “convicciones” y la generación de “olas de excitación” a través de la propaganda. Pero nuevamente, cabe recalcarlo, la propaganda no es solamente una técnica de manipulación, es la nueva condición de la política, que ahora ha quedado anudada al destino de los flujos afectivos que recorren a un colectivo y su potencial para producir comportamientos multitudinarios.

*

Forma parte del diagnóstico de Simmel sobre la psicología de la vida urbana un elemento más, quizás no el de mayor relevancia en su estudio, pero sí de importancia para los problemas aquí tratados. Simmel lo formula en estos términos: en la nueva organización del hábitat humano moderno, “el individuo se encuentra rebajado al rango de ‘cantidad negligible’, de mota de polvo frente a una enorme organización de objetos

y de poderes que, poco a poco, arrebatan a su poder propio todo progreso, toda vida intelectual, todo valor” (Simmel, 2001, p. 260).

Una degradación o empequeñecimiento de lo humano como tal es consustancial al desarrollo de la modernidad. Conocido es el relato freudiano de las heridas narcisistas, que incluyen el destronamiento de la soberanía del Sujeto humano tanto a nivel del cosmos, como de la naturaleza y de la subjetividad, y que se prolonga hoy en día a través de lo que Sloterdijk denomina la “humillación por las máquinas”, de lo cual es un capítulo la intelección de Simmel sobre el rol del individuo en esa gran máquina que es la urbe moderna. Aun así, como bien plantea Sloterdijk,

No toda herida tiene efectos humillantes, sino únicamente aquellas invasiones del organismo [psíquico] que le convencen de la desventaja de ser él mismo. Con todo, la inteligencia humana parece disponer de la capacidad de sobreponerse a tales experiencias de desventaja y de integrarlas en estados de madurez superior (Sloterdijk, 2011, p. 222).

Lo último, de todos modos, cabe aclararlo, no está garantizado; y que la pérdida de una posición de privilegio sólo pueda ser vivida anímicamente como una ofensa, una burla, una vejación o una deshonra refleja la incapacidad para dar ese salto.

|10|

Lo cierto es que es un problema también consustancial al gran proyecto político moderno de desarrollar a la masa como sujeto, pues esta está caracterizada por la paradoja de ser una diferencia indiferenciada: “ser masa significa distinguirse sin hacer distinción alguna” (Sloterdijk, 2009, p. 91). Ello atañe, especialmente en relación con los problemas que nos ocupan aquí, a la llamada “sociedad de la competencia”, donde los individuos, impulsados por la envidia y la ambición están inmersos en una lucha constante por posiciones de privilegio. A pesar de que cada uno busca su auto-reivindicación, distinguirse y sobresalir, se imponen hacerlo a través de un sistema de competencia cuya premisa es la indiferenciación de los participantes. Cuanto más luchan por ser únicos y alcanzar un estatus superior, más se hunden en una masa indiferenciada. Y en la medida en que el valor y la estima se miden por el éxito competitivo, la autopromoción coincide con la imposibilidad de establecer una distinción real y significativa.

De más está decir, que, además, los participantes no se desempeñan en igualdad de condiciones, como lo presuponen las premisas de la masa competitiva. El éxito de una dinámica colectiva de esta naturaleza, lo que hace que no estalle debido a las tensiones internas generadas por la envidia, es, en las palabras de Sloterdijk, “el procedimiento civilizador orientado a convertir a los vencidos no competitivos en perdedores competitivos” (Sloterdijk, 2009, p. 95). La brecha real entre aquellos que no pueden competir y aquellos que sí pueden hacerlo se trasmuta en la masa en la diferencia indiferenciada entre perdedores y ganadores, ambos competitivos y entre los cuales no existe ninguna diferencia más que los resultados contingentes, y por ello reversibles, alcanzados en los juegos de avidez.

Forma parte de este fracaso que la derrota se convierta en afrenta y con ello queda abierta la puerta para que los afectos, que ya no pueden vehiculizarse a través de la competencia, se descarguen como ira e indignación sobre objetos negativas que no son

otra cosa que reversos especulares que permiten recomponer la identidad vejada en escenarios estructurados de manera rudimentaria en términos de “nosotros-ellos”.

No debe extrañarnos, pues, que los procesos inflacionarios, que continúan siendo minusvalorados en lo que ellos entrañan a nivel de la subjetividad y en sus implicancias políticas, hayan sido, y sigan siendo, condiciones de emergencia de fascismos de diferente índole. Canetti insistió en que la inflación monetaria produce, por lo que él llama las propiedades psicológicas y colectivas del dinero mismo, una doble devaluación, tanto del valor del individuo como de la masa. Es la humillación que esto significa lo que se pone en el centro de la dinámica multitudinaria: “la tendencia natural -afirma- es entonces buscar algo que valga aún menos que uno mismo, que podemos despreciar de la misma manera como fuimos despreciados” (Canetti, 2012a, p. 297).

Pero también se entiende por qué, como plantea Sloterdijk, aún la intensificación de las dinámicas de la sociedad del consumo puede, a pesar de sostenerse de una erotización a gran escala, intensificar las rivalidades miméticas pues, en sus palabras, “se funda en la estimulación de ideas de carencia y sentimientos de insuficiencia de toda especie y se articula en las correspondientes acciones de tener y conseguir” (Sloterdijk, 2010, p. 242)

|11|

*

El fascismo es el nombre genérico que le damos a los modos de subjetivación filobelicista. En otros términos, lo que Canetti llama “la estructura psíquica de la guerra” (Canetti, 2012b, p. 31) y que, sin pretender ser exhaustivos, hemos analizado aquí a partir de una matriz en la que la anestesia, la desinhibición y la humillación componen una disposición a la movilización multitudinaria. Su correlato ineluctable es la estetización de la vida política.

El fascismo involucra los medios para la auto-expresión de las masas, afirma Benjamin, mientras se conservan las relaciones de poder que las han puesto en posiciones de subordinación, esto es, que la manifestación de su descontento se anude no con la transformación, sino con la reproducción de su sujeción. Por ello, dice, “su auto-alienación ha alcanzado ese grado en el que puede vivir su propia autodestrucción como goce estético de primer orden” (Benjamin, 2019: 124). La masa en su intento de distinguirse se indiferencia, y en el mismo movimiento que el que trata de hacerse valer se humilla, y consume el espectáculo de su degradación como si en ello encontrara un sentido a su existencia. El fascismo es la provocación de las masas para que se expresen porque al hacerlo anudan su voluntad a su sometimiento.

Es por eso por lo que Sloterdijk concluye su ensayo sobre las masas, afirmando una apuesta que vaya a contrapelo. Así, afirma, “La cultura, en el sentido normativo que, hoy más que nunca, se hace necesario evocar, constituye el conjunto de tentativas encaminadas a provocar a la masa que está dentro de nosotros y tomar partido contra ella. La cultura encierra una diferencia hacia lo mejor que, como todas las distinciones relevantes, sólo existe cada vez que -y mientras- se hace” (Sloterdijk, 2009, p. 99).

En el belicismo, las multitudes encuentran una posibilidad de autoafirmación a través de su distinción de un “otro” a quien pueden culpar por sus humillaciones, y sobre el cual pueden descargar su ira y resentimiento, pero que no es otra cosa que su propia imagen invertida, sobre la cual se precipita y con la cual se funde. Por ello, afirmaba Canetti,

“una guerra se desarrolla siempre como si la humanidad nunca hubiera llegado al concepto de justicia. (Canetti, 2012b, p. 13).

Referencias bibliográficas

- Baudrillard, J. (2014). *Cultura y simulacro*. Kairós.
- Benjamin, W. (1999). *Poesía y capitalismo. Iluminaciones II*. Taurus.
- Benjamin, W. (2001). El narrador. En *Iluminaciones IV*. Taurus.
- Benjamin, W. (2019). *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*. Godot.
- Buck-Morss, S. (2014). Estética y anestésica. Una reconsideración del ensayo sobre la obra de arte. En *Walter Benjamin. Escritor revolucionario*. La Marca.
- Canetti, E. (2012a). Masa y poder. En *Obras completas I*. Galaxia Gutemberg.
- Canetti, E. (2012b). *Obras completas IV. Apuntes (1942-1993)*. Galaxia Gutemberg.
- Creel, G. (1920). *How we advertised America*. Harper and Brothers.
- Fukuyama, F. (2019). *Identidad: la demanda de dignidad y las políticas de resentimiento*. Deusto.
- Jünger, E. (2008). La movilización total. En *Sobre el dolor*. Tusquets.
- Lasswell, H. (2013). *Propaganda Technique in the World War*. Martino Publishing.
- Le Bon, G. (2014). *Psicología de las masas*. Morata.
- Simmel, G. (2001). Las grandes urbes y la vida del espíritu. En *El individuo y la libertad*. Península.
- Sloterdijk, P. (2000). La teoría crítica ha muerto. *Pensamiento de los confines* (8).
- Sloterdijk, P. (2009). *El desprecio de las masas*. Pre-textos.
- Sloterdijk, P. (2010). *Ira y tiempo. Ensayo psicopolítico*. Siruela.
- Sloterdijk, P. (2011). La humillación por las máquinas. En *Sin salvación*. Akal.